

*En torno a Borges, su mundo y una forma particular de comunicación*

# Reflexiones de una colecciónista de anécdotas

**E**STA historia comienza cuando, un poco por casualidad, me convierte en coleccionista de anécdotas de Borges, en el fin de publicar un anecdotario. Durante varios años vienen amigos gente, me contaban anécdotas históricas y tropicales, banales, más o menos inventadas y frases que se estaban diciendo entre la gente, con la que se estaban divirtiendo alrededor del arte de contar historias entretenidas alrededor del arte de contar historias.

## El derecho de adhesión

Maria Kodama me cuenta esta anécdota: "Estábamos en Egipto en un viaje no oficial, es decir, que éramos dos turistas más. Al llegar al hotel Borges, que estaba agotado por el viaje, pide que nos suban el té con tortitas y mermelada. Al rato, nos van a la puerta y entran dos monos cada uno con un plato en una bandeja. Borges pregunta: '¿Dónde está María?'".

—Borges. Solo son dos monos que han traido dos platos. A los pocos minutos llaman otra vez y entran otros dos monos cada uno con una taza en una bandeja.

—Algo ahora si es el té, ¿no, María?

—No, dos gatos. Son otros dos monos que han traído dos tazas.

—María, ¿Por qué no les explica a estos señores que el sistema binario no los va a llevar a nadie? —exclama—, finalmente habrá Borges.

Borges, que es un retratado, un tipo que eligió capturando sombra, la anécdota conserva —así es su norma escritiva— la constitución propia de aquellos relatos que serían percibidos por el oido y no por el ojo. Si bien en algunos casos el término "anécdota" es usado como sinónimo de humor o argumento como germen formal parte —yo apunto que el chiste o el cuento— de aquellos discursos que manejamos todos a los mercados de circulación y que se acercan a las aeronaves a la invención de la imprenta previos fundamentalmente, como penitentes diabólicos.

Trata de un suceso incidental, accesorio —de ahí que se diga "esto es anecdótico" —pero curioso, fuera de lo común. En nuestro ejemplo, el lugarteniente Borges pasa a ser un hombre común y corriente en un destino que no es el habitual (llegar). Sin embargo, en la construcción de la anécdota Borges resuelve como Borges. Es que el autor de la anécdota —que es el autor de la anécdota— se da cuenta de que el humor —o el resultado— de aquella anécdota es que antes no tenía idea, por el contrario, reafirmar una identidad que se preveía inaccesible: se formula el éxito, estableciendo la horquilla de Borges. Es por esto también que, a pesar de que el anecdotario borgiano parecía ilimitado —solo con los relatos de más amigos y de los amigos de mis amigos (ellos) se permitían constatarlo— alertas que se multiplicaron y se multiplicaron, se crearon, se trazaron, se multiplicaron hasta la exasperación, que, vez por vez agotadas (puede el punto de vista esfuerzarse), solo pueden volver a repetirse.

Como práctica discursiva oral, sin embargo, la anécdota tiene, además de la función de ventilar el malo, una función de discriminación. Mucha gente entra a Borges y se negra a constatar su anécdota; el propietario no resiste el derecho de adhesión.

## El sobreentendido como garante

Héctor Yannover me contaba: "Hace un tiempo me encontré en Avenida de Mayo con Francisco Gil, un viejo vendedores de libros de El Ateneo. Borges le había contado que le habían ido a visitar dos funcionarios del Ministerio de Cultura para ofrecerle un auto que el bolígrafo que Borges les explicaba que él no necesitaba.

—Pero Borges, usted es riego, con un auto puede desplazarse más fácilmente.

—Es que más amigos se engañan de llevarme y traerme. Gracias.

—Borges —dijo yo el funcionario— no se trata tanto que al viajar en lo tanto, lo va a agarrar cualquier otro que la necesita más que nosotros.

—Pero yo conozco Borges —en un pie de diosa de hoy tanas vivas en suave sambuca que haya sido todo.

Anécdota, significa, etimológicamente, inofensa en su raíz llena el estigma de lo privado, de la circulación restringida, del discurso tribal, del "entre nos".

El sobreentendido es, por lo tanto, un aspecto constructivo del género. Lo que define determina la anécdota, lo que se define y se proyecta y lo que se anécdota en la medida en que, mediante de él, se constituyen los interlocutores. La anécdota de Egipto puede ser compartida por aquellos que charlan el Ministro que hablan conversaciones —y recordamos— las estupendas discursivas borgianas. Fuera de ese campo el relato carece de toda eficacia en el vacío. La anécdota del funcionario, en cambio, puede ser compartida por aquellos argentina aunque nunca hubo trato a Borges. La anécdota de la reunión de una confederación de los interlocutores y nieta no garantiza al sobreentendido que público no es disperso, sino selecto. La zona de circulación de una anécdota tiene sus fronteras delimitadas por aquellos que —numerosos o no— comparten un mismo universo referencial acudiendo y elidido, por aquellos que conocen y evitan una anécdota de la misma manera, por aquellos cuya conversación es saber cosa.

Por otro lado, propietario de una anécdota (yo, lo mismo de Roma) haría falta verificarse en otros casos el poder —o hacer uso monopólico de cierto poder. Poder que decrece en orden jerárquico: ser participante de la anécdota, ser testigo de 1º distensión, 2º distensión, escritora, hasta la protología tercera forma del impensamiento "me confaron" o "se dice". Ser propietario de una anécdota es tener la autoridad para discutirla y reordenar el paisaje de la memoria. Al mismo tiempo que se anécdota, se dialoga con los interlocutores —en la medida en que se parte de un grupo— se garantiza así la "legitimidad" del sistema de propiedad y circulación de la anécdota y sus condiciones de cumplimiento. A tal punto el anúncio es poderoso y "representador" (en la autoridad que le delegan sus representantes) que resulta recurrente la domesticación del personaje Borges en el efecto de una anécdota. Una anécdota que viene a reproducir el efecto de su vida y su muerte. Se produce así, en efecto el punto según el cual el autor es "mediador" (creado por sus receptores como embalaje autorizado) de un bien del que simular ser —según se anticipa en el contrato— su legítimo propietario. No resulta, en realidad, de "sustituir" que comparte el grupo pero que oculta su exigencia de propiedad (creer lo que se oculta en el convenio-de-posección y de traspaso).

El placer de escuchar una anécdota no reside tanto en el efecto que provoca en el oyente sino en la forma en la que se vive la anécdota, en el modo en que se comprende la horquilla de Borges.

La anécdota es uno de los instrumentos a través de los cuales que produce el sentido reconocimiento —plácido e indirecto— de lo "nuestro" a través de la ocurrencia.

La anécdota es uno de los instrumentos a través de los cuales que produce el sentido reconocimiento —plácido e indirecto— de lo "nuestro" a través de la ocurrencia.

La misma función —la de asegurar la homogeneidad del discurso— es la que cumple la proximidad y la representación de los sujetos. Tanto cuando aparece (o en forma escrita) en relación con otro texto. Siempre como participante en el discurso periodístico, en el histórico, en el libro de lectura o en la biografía, siempre relegada a los espacios marginales de la página (el recuadro, en el diario; el pie de página en cuerpo menor; en el libro de historia parece ocupar un lugar subsidiario). Sin embargo, cuando, confirma, designa una interpretación, o cuando que el otro texto —el periodístico, el histórico— no puede hacer explícita sin provocar cierto escozido.

El lector también suscribe a un contrato en el espacio comunicativo central se ve individualizada información, pero es un texto inevitable, lo que allí se dice puede sonreírse o cuestionarse, a reflexionar. En cambio, la anécdota, desde su lugar periférico —interviniendo tenor al olvido por su misma característica de accesoriedad— es la zona del resarcimiento. Documentable de que crepta lo que el otro dice. De hecho, la anécdota es la que se resarcuye de los silencios y las omisiones del discurso, de los blancos y lagunas del discurso central. Es el texto donde se asientan las evaluaciones sociales, culturales, generacionales, etcétera, donde se repite toda interpretación cuestionadora, se reafirma el mito, transformado además —en forma más "realista" pero si en forma más elocuente— un parentesco con la "realidad".

En tanto que se aplica a formularse, ahora, es que accede cuando la anécdota crea y se independiza como pieza literaria. La respuesta quizá pueda empezar a bucear con Marisol y la generación del '30, en el modelo de la riñita, del "Kunze no...". Pero, como sueles decir los contadores de anécdotas, esa es otra historia.

Telma Luzzani

(1) Telma Luzzani presentó en el Congreso Nacional de Seminarios, Universidad Nacional de San Juan, 29 de agosto de 1986.

(2) Robert Juan Gómez, Revista "Lenguajes" N° 3, Buenos Aires 1972.



**Reflexiones de una colecciónista de anécdotas [artículo]**

**Telma Luzzani.**

**AUTORÍA**

Luzzani, Telma

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1987

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Reflexiones de una colecciónista de anécdotas [artículo] Telma Luzzani. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)